EN EL CEMENTERIO DE....

I.

Dormid, en paz dormid, nada ese sueño
De que estais disfrutando delicioso
Consiga interrumpir vuestro reposo,
Es el mismo reposo celestial.
Envueltos en el cándido sudario
Ni alceis del polvo la marchita frente....
No teneis un amigo ni un pariente
En el torpe concurso mundanal.

Si del tumulto á vuestro oído llega
El confuso rumor que se derrama,
Así en los mares la tormenta brama
Y en la playa por fin se va á estrellar.
El nefando bullicio y la algazara
Estréllese tambien en ese muro....
¡De la muerte el asilo mal seguro
Hoy intentan los hombres asaltar!

Una madre tal vez allá en el fondo
De su tumba oscurísima y desierta,
Acechará por la hendidura abierta
Si ve pasar las prendas de su amor.

Y ellas pasaron ya.... pero indolentes
De la que el sér les dió vieron la fosa,
Y movieron la planta presurosa
Sin dejar en su tumba ni una flor.

Tambien hundido en el silencio espera
A su hermano encontrar aquel hermano,
Y preparando está la yerta mano
Para estrechar la suya con placer.
Y le aguarda.... ¿y por qué? si en otro dia
Le halagaba en sus brazos con demencia!
Ese tiempo pasó; la rica herencia
Logró él solo por dicha recoger.

Él vendrá, sí, vendrá; ¿mas qué le importa
Que le aguardes inquieto, estremecido?
Tiene de oro su cofre bien henchido
Y se goza en inmunda bacanal!
Aquel esposo de ternura lleno,
Tambien aguarda á la querida esposa:
¡Ay infeliz! al levantar la losa
La vieras enlazada á tu rival!

Ella se acerca, mírala, radiante
De gracia, de altivez y de hermosura,
Tiñó la rosa su mejilla pura
Y sus labios pequeños el carmin.
Apoyada en el brazo del infame,
Que amistad te vendió, sigue risueña
De su amante el impulso; con él sueña;
Él es su gloria y su ventura al fin.

¡La amistad!... ¡el amor!... vanas palabras!
De la noche fantasmas é ilusiones!
Mas la grita tenaz de las pasiones
En las tumbas debiérase perder.

¿Por qué ¡oh Dios! esa loca muchedumbre
Aquí sus pasos encamina inciertos,
Áun la misma morada de los muertos
Con su acento orgulloso á estremecer?

Nó, jamás desperteis, sombras queridas,
Ni turbe mi gemir vuestro letargo,
El cáliz de la vida es muy amargo,
Vosotros mismos le apurásteis ya.
Sí, me escuchais.... mis lágrimas de fuego
Mi rostro queman y mi frente se arde,
Y la luz postrimera de la tarde
En las tinieblas espirando va.

II.

De ese sol ya moribundo
A los últimos reflejos,
Con eco triste y profundo
Aun el bullicio del mundo
Llega á mi oído de léjos.

Y miro arcos elevados,
Y aquellos soberbios muros,
Y los palacios dorados
Y alcázares encantados
Bajo cristales tan puros.

Y mil antorchas se encienden
Por las calles anchurosas,
Que ora suben ó descienden
Y apénas su luz extienden
Por las tinieblas medrosas.

Miéntras suena con pavor
Esa fúnebre campana
En el templo del Señor,
Y su lúgubre clamor
Se pierde en la sombra vana,

Del gótico santüario
Sobre el vasto pavimento,
Se alza un lecho funerario,
Y sobre él esparce el viento
El humo del incensario.

Y ante el altar sacrosanto
Ninguna lámpara brilla,
Y en medio del triste canto
Ninguno con tierno llanto
Viene á doblar la rodilla.

Sobre su losa despiertos,
Por la nave solitaria,
En los sepulcros abiertos
En vano esperan los muertos
Alguna amante plegaria.

Oigo su queja sentida
Y su llanto.... sí, son ellos!....
Es una madre querida,
Vuestros hermanos, aquellos,
Que ya perdieron la vida.

Mas el rüido sonoro
De las arpas del festin
No os deja escuchar su lloro,
Entre hermosas llenas de oro
Coronadas de jazmin.

La orquesta mágica suena,
El blando olor se derrama,
Todo de encanto se llena,
Y vuestra alma se enajena
Y arde en amorosa llama.

Y despues... de aquesa orgía
Otra mayor os espera,
Que el placer y la alegría
De las tumbas en el dia
Hacen la vida ligera.

Es fétido ese vapor
Que de las tumbas se eleva,
Delicioso y blando olor
Exhala la blanca flor
Que vuestra querida lleva.

Entre el vino y la algazara
Gozad, gozad sus caricias,
Mil contentos os prepara,
Que la dicha no es avara
Ni son caras las delicias.

Mas no grabeis insensatos
Una mentida inscripcion,
Ni dejéis recuerdos gratos
Si sois pérfidos, ingratos,
Si no teneis corazon.

Bajo de su árbol sombrío
Duerma tranquilo el que muere,
Y en el mármol mudo y frío
No pongais el brazo impío;
Nada os pide, nada quiere.

III.

Solo yo os amo; de placer sublime
Mi corazon se inunda borrascoso
En medio de este sitio pavoroso
Que albergue presta al que padece y gime.
De esos fúnebres sáuces el murmullo
Es de música dulce blando arrullo:
La negra oscuridad me da la calma
Y la dicha perdida y el consuelo,
Y siento aquí la inspiracion del cielo
Y de amor puro se estremece mi alma.

El manso soplo de la suave brisa
Que vaga entre las flores susurrando
Y que toca mi frente resbalando,
¿Será de los espíritus la risa?
¿Los ángeles vendrán con sus cariños
Á hacer halagos á los tiernos niños,
Y ensayando con ellos dulce canto
La noche pasarán, la noche fría,
Para volverse al despuntar el dia
A la excelsa morada del encanto?

Y en el bosque lejano silba el viento,
¿Es el crugido de las hojas secas?
¿Ó sale acaso de las tumbas huecas
Ese triste gemido, ese lamento?
Hablad, hablad, á solas sin testigo
Aliviaréis vuestra afliccion conmigo.

Nadie escucha en el vasto cementerio
Ni oirán los hombres vuestra pena cruda,
Me martiriza tan terrible duda,
Reveladme, por Dios, este misterio.

¿Pensais tal vez en la engañosa amante
Que os juraba mil veces fementida
Morir de pena y de dolor herida
Cuando llegáseis al postrer instante?
¿Recordais sus palabras venenosas
Y las horas felices, presurosas
En que el sueño buscando entre sus brazos,
Ó el encanto bebiendo de sus ojos
Con algun beso de sus labios rojos
Más estrechaba los traidores lazos?

Decid, decid, ¿en el sepulcro helado
No perece el amor? ¿en su hondo seno
El pecho del mortal áun sigue lleno
De celos y de angustia y de cuidado?
Oh! si así fuese vuestra amarga suerte,
¿Qué espera el hombre ya? Cuando la muerte
Con la dicha le brinda en sus pesares
Un escarnio sacrílego le espera,
¡Abandona contento la ribera
Y ella le arroja en los revueltos mares!

Nó, perdona, mi Dios, la desventura
Solo del mundo es la fatal herencia,
En esa eternidad, en tu presencia
No hay más que goces y delicia pura.
En tu santa mansion resplandeciente

Ni ocaso tiene el sol ni tiene oriente;
Juventud inmortal y siempre hermosa
Allí se encuentra en plácido embeleso,
Y de tu boca al regalado beso
Duermen las almas en la paz dichosa.

¿Cuándo será, Señor, que alzarme pueda
Sobre esos astros que á tus plantas miro?
¿Cuándo del tiempo su incansable giro
Parará al fin la voladora rueda?
Rompe ya mi cadena insoportable:
Donde brota esa fuente inagotable
Tú me guiarás por la elevada cumbre,
Y desgarrando de mi mente el velo,
Léjos allí del profanado suelo
Me vestirás de tu celeste lumbre.

Mi padre, por la edad encanecido,
Se rinde al peso de tan dura carga,
Y yo contemplo en soledad amarga
Mi único apoyo con su amor perdido.
Tu voz le llamará; cuando sucumba,
Yo con mis manos cerraré su tumba!
Y tú entónces, Señor, en mi agonía,
Rotas las velas y la quilla rota,
Si del cáliz bebí la última gota
Cierra mis ojos á la luz del dia.

A LA TIERNA MEMORIA

DEL SEÑOR DIPUTADO

DON JOSE DE LA LLACA.

ELEGIA

Como resuena el aquilon violento
Del bosque espeso entre el ramaje umbrío,
Así sonaba tu terrible acento
En la augusta tribuna proclamando
Venganza y libertad; mas ¡ay! la muerte,
Batiendo en derredor las negras alas,
Sobre tí descargó su brazo impío,
Y exánime caíste al golpe fuerte,
Cual cae en tierra la robusta encina
Al ímpetu del rayo fragoroso;
Y al fin enmudeció tu voz divina.

La patria quiso á tu elocuente labio
Su defensa confiar, y tú la oíste;
Y el pecho ardiendo en su sagrado fuego,
Ante el tirano apareciste luego
Y su calma y placer interrumpiste:
Él miró entónces por tu mano abierto

De la ley profanada el libro santo,
Y de ignominia y de pavor cubierto
A su vista tembló lleno de espanto.
Tú le hiciste escuchar el anatema
Y su rabia fué inútil y su encono:
Ni de las armas el horrible estrago
Ni el oro corruptor ni el blando halago
Rendir pudieron tu virtud sublime.
Por eso hoy triste y desolada gime
La patria en su abandono.
Y agostada la flor de su hermosura
El hondo cáliz de dolor apura,
Y al cielo eleva los nublados ojos
Con lágrimas bañando tus despojos.
Jamás, jamás sus inocentes manos
Por vil infamia precio recibieron
Ni manchadas se vieron
Con la sangre de hermanos.
Tú no ceñiste á tu apacible frente
El codiciado lauro que el guerrero
Con mil víctimas compra en el combate,
Ni al golpe resonante del acero
En la batalla cruda
Oíste el gemir del huérfano doliente
Ni el triste lloro de infelice viuda.
Mas pródigo del bien, por donde quiera
Sus dones derramabas,
Y con mano severa
De tu pueblo oprimido
La ominosa cadena destrozabas.
Siempre tu anhelo fué, siempre tu gloria
Solo ofrecer á la virtud incienso;

Y si es dulce y eterna tu memoria,
Grande es tu nombre y tu favor inmenso.
Mas ¡ay! que el justo, el bondadoso, el sabio,
Al fin despareció cual humo leve,
Y el torrente impetuoso de su labio
Fué detenido en su carrera breve.
Huyó de entre nosotros presuroso
Y á regiones felices tendió el vuelo,
Como raudo cometa esplendoroso
Rápido cruza en el zafir del cielo.
Para siempre huyó, sí; su claro nombre
En vano repetís; el eco triste
Con lastimoso acento
Solo os devuelve el viento
Porque el héroe en la tierra ya no existe.
Lloradlo, sí, que vuestro amargo llanto
Siempre las flores de su tumba riegue:
¡Ay! ella esconde las cenizas frías
Del ínclito varon que en otros dias
Dominar supo al opresor injusto;
Mas de la ley en el santuario augusto
No le hallaréis, y le buscais en vano:
Bajo la muda losa,
El héroe duerme, y en quietud reposa,
Miéntras vela de Anáhuac el tirano.

EPITAFIOS

I.

PARA EL SEPULCRO DE MI PADRE

La virtud y el honor desde la cuna
En tí fijaron su glorioso asiento,
Y recogieron tu postrer aliento
La virtud y el honor sin mancha alguna.

II.

AL MISMO ASUNTO

Vuelve á tus hijos desde el alto cielo,
Oh padre tierno! los amables ojos;
Mírales ¡ay! en lastimoso duelo
Con lágrimas bañando tus despojos!
Huérfanos quedan sin algun abrigo:
Todo la muerte les robó contigo.

III.

EN EL SEPULCRO DE UN NIÑO

Como el boton de la fragante rosa
Mojado con las gotas del rocío,
Al polvo cae de la mañana plácida
En el primer albor;

Del blando seno de tu madre hermosa,
Así caíste en el sepulcro frío,
Llevando encima las primeras lágrimas
De su materno amor.

IV.

Al nacer de la aurora una mañana,
Brillando pura la amorosa estrella,
Esta cándida flor fragante y bella,
Abrió su cáliz á la brisa ufana.
Y en su carro de luz resplandeciente,
Aun el sol no bajaba al occidente,
Cuando del tallo débil arrancada,
La linda flor cayó despedazada
Al rudo impulso de huracan ardiente.

V.

De los maternos brazos
Le arrebató la muerte, cuando apénas
Iba á estampar sobre la tierra impura
La breve huella de su planta pura.

VI.

Su tumba no mojeis con vuestro llanto:
Aquí yacen sus pálidos despojos!
Pero fijos en Dios los lindos ojos
Bebe su lumbre en delicioso encanto!

VII.

EN EL SEPULCRO DE UNA JOVEN

¡Ah! no lloréis: sobre el marmóreo lecho
Con encantado sueño aquí reposa!
Ni exhala ya gemidos de su pecho!
Y la triste existencia congojosa
Cambió feliz por la celeste vida! . . .
¡Oh! no la despertéis que está dormida.

VIII.

A UN NIÑO

De su amorosa madre era el consuelo,
Y de su tierno padre la alegría;
Lo hirió la muerte en el aciago dia
De lágrimas y duelo,
Y cual ángel de Dios volóse al cielo.

IX.

EN EL SEPULCRO DEL SR. LIC. DON ANSELMO GUTIERREZ.

Dejó del mundo la infelice suerte
Por la vida inmortal y venturosa;
Mas de los hijos y la tierna esposa
Tornó el gozo en dolor la dura muerte;
Y en tan rudo quebranto
Solo alivian su pena con el llanto.

X.

En tu callada huesa
Sin consuelo sus lágrimas derraman
Tus tiernos hijos y tu amante esposo,
Y su llanto no cesa:
Mas los tristes gemidos que te llaman
Ya no turban tu plácido reposo;
La sien ceñida de letal beleño
Ya no sacudes el pesado sueño.

XI.

El ángel de la paz ciñó tu frente
De jazmin, y te dió triunfante palma,
Y la luz de su gloria refulgente
En ventura y placer inundó tu alma.
Con sus dedos de rosa blandamente
Cerró tus ojos á la eterna calma,
Y á los brazos de Dios tendiste el vuelo,
Tu grey dejando en lastimoso duelo.